

LA LOMA DE LA VIBORA.

EL HOMBRE DIOS.- EL SOL DE JESUS DEL MONTE.- LOS MALOJEROS.- LA HUERTA DE LOS CHINOS.- DE CABALLERO A CABALLERO. LAS ESTRELLAS DEL PROGRESO.- EL CRIMEN DE LA VIBORA.- CRISTOBAL COLON.- EL ABOGADO Y EL BURRITO BARTOLO.- LA FERIA DE LA LOMA DE LA VIBORA.-

UNA vez más, esto ha matado a aquello, según profetizaba el vidente de los siglos: Victor Hugo. «La Loma del Mazo», que es esto, puede decirse que ha matado a «La Loma de la Vibora», que es aquello. Hace años, aquello lo era todo, con los magníficos chalets que se levantaban en su recinto, la estación de los tranvías eléctricos acabada de instalarse, y los cafés y establecimientos de varias clases que se abrían al público continuamente, el aumento y prolongación de las líneas de guaguas para Managua, Calabazar, etc.; y esto, «La Loma del Mazo», no pasaba de ser un pobre rincón, si bien agreste, pintoresco y elevado, a cuya cúspide acudían por las tardes a tomar el fresco los paseantes de los alrededores; y el «Hombre Dios de la Vibora» Juan Manso a contemplar y echarle bendiciones a la ciudad, que allá a lo lejos se extendía bulliciosa, a sus plantas...

Hoy, pero no adelantemos los sucesos, como decían los novelistas de la época de «La Loma de la Vibora», entre los que hay que colocar en primera línea, al autor de la linda novela cubana de aquellos tiempos, titulada «El Sol de Jesús del Monte». Esta novela fué escrita por Andrés Avelino de Orihuela, e impresa en París el año 1852, en un viaje que dió a aquella ciudad el autor. «El Sol de Jesús del Monte», tuvo una gran circulación, no solo debida a los méritos de la obra, que eran muchos, pues después de «Cecilia Valdés» no se conocía otra novela vernácula que la igualase en estilo, interés y observación, sino porque el autor la avaloró, incluyendo en uno de sus capítulos, un folleto que a raíz de la muerte de Plácido se había publicado, clandestinamente, refiriendo los interesantes detalles de los últimos días del poeta, el cual folleto hubo de extraviarse, o lo ocultaron expreso, salvándolo del olvido el buen acierto de incluirlo Orihuela en uno de los capítulos de su obra. Orihuela era nativo de las Islas Canarias. No tuvo larga vida, y a ello se debió que perdiéramos, acaso, un Benito Pérez Galdós que escribiera nuestros «episodios Nacionales». Pero volvamos a la Vibora.

Cuando los carritos urbanos de caballos llegaban a la Iglesia de Jesús del Monte, había que cambiar el tiro de mulas para rendir el viaje y terminarlo en «La Loma de la Vibora», lugar entonces solitario, cubierto de maizales y yerba de Guinea, rodeado de casonas de techos de tejas y algunas de guano, de unas pocas bodegas y varios establos, donde se guardaban las vacas que por la mañana bajaban a la ciudad, guiados por sus pastores, para hacer el reparto de leche a los marchantes hijos, o despacharla también al detalle, ordeñando aquellas a la vista del comprador: las vacas se anunciaban por las calles con el ruido de sus cencerros, que ellas propias hacían sonar agitándolos al ritmo de sus cadenciosos pasos...

Lo que se llamaba en un principio «La Loma de la Vibora», empezaba un poco más allá de la «Loma de la Iglesia», en cuya pronunciada cuesta ya tenían que emplear los caballos de los antiguos carritos para tirar de ellos mayor esfuerzo, y años más tarde, los motoristas de los tranvías eléctricos, aplicarle al motor los nueve puntos. En esta poética barriada, todo son lomas: la Loma de la Iglesia, la Loma de Atarés, la Loma del Burro, la Loma de Chaple, la Loma del Mazo, la Loma de la Vibora, etc., etc., lo que recuerda una rumbita de aquellos tiempos que decía:

Un hombre,
que sube y baja la loma,
un hombre...

Tenía que ser forzosamente vecino de Jesús del Monte.

Antes de que la estación de los tranvías eléctricos allí levantada, y la inauguración de los mismos, transformara aquél sitio, como por arte de magia, en uno de los de más vida y movimiento de la Habana, la «Loma de la Vibora» era verdaderamente lo que se llama un campo de chivos, un lugar sin urbanización ni ornato de ninguna clase, un barrizal en el que el transeunte se atascaba de arcilla pegajosa hasta más arriba de los tobillos. Por los años 89, 90, 92, etc., sólo existían allí algunas viejas casas de madera, aisladas, y unos cuantos bohíos, ocupados por los vendedores de malojas y frutos menores allí sembrados, y que a primeras horas del día bajaban a la Habana con sus yeguitas, a venderlas, acomodadas en serones. Algunos de aquellos vendedores pertenecían a los «milicianos», o «voluntarios», del lugar. En los días de «gran parada», formaban los últimos, después de la tropa; y al verlos desfilar las gentes, sobre sus escuálidos caballos, enfangados de tierra colorada, gritaban en tono de chacota:

—¡Eh!... ¡Los malojeros de Jesús del Monte!

Estos «malojeros» se fueron, los primeros, a la manigua, el año 95; llevándose el armamento que pertenecía al Gobierno.

Un isleño lechero de aquél sitio, llamado Don Antonio Betancourt, de más de sesenta años, y que servía la leche en nuestra casa, tuvo que vender cuanto poseía por valor de más de diez mil pesos, en menos casi de la tercera parte, para embarcarse oculto rumbo a Canarias, acosado por los esbirros de Weyler, quienes lo sabían complicado en la causa revolucionaria, y lo veían visitar la casa, en la calle de San Miguel, del Dr. Alfredo Zayas, Presidente aquí en la Habana de la Junta.

Entre aquellas vaquerías de la loma figuraba como de las mejores, la famosa de «Don Bartolo», que surtía a casi toda la Habana y cuyo despacho general hallábase instalado en una espaciosa casca antigua de amplio patio, en la calle de Virtudes, en el punte en que termina la

de Blanco. Entonces se embasaba el precioso líquido en grandes botijones de latón, que se lavaban fuertemente con ceniza, poniéndolos después a escurrir boca abajo, y cuando no, en aquellas botijas barrigonas de barro, que venían de España con aceite, taponéandoseles la ancha boca, cuando las utilizaban los lecheros, con un puñado de paja y de hojas secas de maíz: la previsora Sanidad intervino en el asunto andando el tiempo, y sustituyó con pomos de cristal aquél sistema de envase al parecer defectuoso; pero que conste, que entonces la población infantil no padecía de tanta enteritis y otras afecciones intestinales, con lo que una vez más se demuestra que el contenido es una cosa, y muy otra el continente.

La intervención americana hacía sentir su beneficiosa influencia aún en los rincones más apartados, y a poco de establecerse, empezaron a abrirse los reparatos de Acosta, Santa Amalia, Lawton, Batista etc., y el de Estrada Palma, calle que arranca de la derecha de la Calzada, hasta casi tocar los terrenos de Palatino. De las primeras familias que se establecieron y afincaron en ella, recordamos la de Jiménez Perdomo, Demestre, Vías Ochoteco, Basterrechea, el notario Gabriel López Miquenes, el jefe de Impuesto, Iribarri, Arbélo, Rivas, el doctor Azcarate, y nosotros tuvimos el gusto de fabricar nuestra casa particular, entre Laqueruela y Marqués de la Habana, marcada con el número 43, que vivimos hasta 1914, fecha en que la traspasamos, en venta, a Doña Adelaida de la Riva.

De aquella estancia de ocho años en la Vibora conservamos los más gratos recuerdos. Al principio se podía decir que vivía uno en pleno campo. Pero las fabricaciones se sucedían, y la feliz y pintoresca Arcadia fué perdiendo sus encantos poco a poco. Por las tardes íbamos a pasear con nuestros hijos, el mayor de once años, por lo que se llamaba «La Huerta de los Chinos», vasto campo sembrado por los asiáticos que lo ocupaban, de variadas hortalizas, y cruzado de zanjales y regatos de agua no muy limpia, y por lo que se vió recientemente, nada higiénica. Eran unas excursiones encantadoras, llenas de sorpresas y fáciles peligros. Perdersé y volverse a encontrar

entre aquellos matorrales; caminar haciendo mil equilibrios sobre la gran cañería maestra de Vento que cruzaba sobre una cañada. Cazar tomeguines con jaulitas de trampa. Atrapar pintorescas mariposas, temblantes sobre las endeblés ramas de los romerillos. Volver a casa cargando un palo travesado, del que pendían goteantes y frescas lechugas, jugosas acelgas, nutritivos coliflores, tiernos rabanitos, etc. Algunos domingos por la mañana ascendíamos a la loma de Chaple, frontera a nuestra casa de Estrada Palma, a ver el plateado globo de aluminio del Capitán Zorrilla, ascender allá a lo lejos, detrás del Plaza, donde se hallaba la carpa de Pubillones. No se conocían aún los aviones de guerra, ni se sabía de infames y devastadores bombardeos aéreos. Hoy todo aquello está urbanizado, fabricado, cuadrículado, solicitado, y de «La Huerta de los Chinos» no queda ni un rábano de muestra. La que fué nues-

tra casa de Estrada Palma, ahora con otra numeración y que estaba aislada, en el centro de una vasta manzana vacía, abierta a todos los vientos, reina y señora, como si dijéramos, de aquellos lugares, está al presente embutida entre otras «formando en la fila», como una casa de tantas cualquiera, sujeta al anonimato y al totalitarismo...

Por allí cerca de la huerta estaba la casa que por suscripción popular se le regaló al Presidente José Miguel Gómez, la que fabricada, al parecer, sobre terrenos cenagosos y nada firmes, se iba hundiendo lenta y progresivamente, hasta que hubo que echarla abajo y fabricarla casi de nuevo.

En tanto allá en la loma, iba sucediendo lo mismo. Las primeras casas que allí se levantaron fueron el «Palacio Larrea» y el «Chalet Farraga», y entre otras, la en que se instaló la farmacia del doctor Guzmán. En la Loma del Mazo, las muy elegantes y magníficamente situadas, de Don Nicolás Rivero, Don Celso González y otros. Atinadas y profundas eran las consideraciones filosóficas, que más de una vez leímos en las Actualidades de la MARINA, de Don Nicolás, inspiradas, en diversas ocasiones, por la contemplación de la bullente y populosa ciudad, allá abajo, vista desde la terraza de su confortable mansión.

Mientras, un joven familiar del ilustre e inolvidable periodista, hacía diabluras por los contornos; y de muchas, y muy ocurrentes, se acuerdan con agrado sus convecinos de aquella época, como cierta fiesta que imaginaron entre él y sus compañeros, el hoy respetable magistrado Dr. Navarrete, y el prominente juriscónsulto, Dr. Carlos Luis Elcid, entonces también vecinos de la Vibora, para la inauguración de una «cancha de tenis», que acudió media Vibora, viéndose todos chasqueados, y aplicándoseles el dicho popular de aquella época cuando se caía en un chasco: ¡Tin tan, te comiste un pan!

Al propio tiempo, aunque de mayor edad que ellos, el joven Oscar Cícero, fachendaba y lucía su garbo y sus facultades ecuestres, guatrapeando en un brioso potro criollo por la Calzada y la calle de Estrada Palma, vendiéndole «listas», sin ser día de sorteo, a alguna «vibora» triguena. Ya con más años el propio familiar citado de Don Nicolás, y recién salido de la Universidad, un día se «puso bravo» con motivo de ciertas alusiones hechas en la prensa, que él estimó injuriosas para su familia, y sostuvo un duelo a sable con un compañero, también caballeroso estudiante y periodista, que escribía en aquella época una sección de crítica jocosa en el popular periódico La Noche, que dirigía el señor Hernández Guzmán. Presenciamos aquel duelo, que tuvo lugar una mañana en el escenario del teatro Alhambra, dando ambos rivales pruebas visibles de valentía y nobleza; pero terminado el lance, y comprendiendo padrinos y testigos que todo había sido más bien un arranque de la exaltada juventud, intervinieron amistosos, y ambos contendientes se reconciliaron sobre el terreno, quedando otra vez, como lo habían sido siempre, fraternales amigos y compañeros. Sensa rencore, como cantan en La Bohemia.

Con la instalación de los tranvías en la «Loma de la Víbora», coincidió también la inauguración en la misma de las líneas de ómnibus de los hermanos Cón-don, que hacían la ruta de Managua. Santiago de las Vegas, Bejucal, etc., y los «Hispanos de la Víbora», que iban a Ba-tabanó, etc. Pocas veces se vió, en un determinado sitio, desarrollarse de mane-ra tan súbita y completa su transforma-ción y prosperidad. Empezaron a levan-tarse casas y chalets tan de prisa, y en gran número, en aquellos lugares, que ción, las señoritas: Herminia y América Garrido, Hilaria Alderete, Emelina Mar-tí, Cheché y María Martínez, Rosita y Sara Cortina, María de los Angeles y Lo-lita Santana, Adriana y Evangelina Ro-may, Ludgarda Armenteros, Panchita Bolívar, Juanita Molina, Leonia Rueda María Isabel Ruiseco, Antonia Domín-guez, Lolita Monteros, Cuca y María Lui-sa Guerrero, Pastora Robaina, Carmita Ankerman, linda hermanita de Jorge y Guillermo; Teresa Pla, Consuelo y Pie-dad Polanco, María Luisa y Consuelo Na-dal, María Cadal Benemelis, Carmita y Mercedes Pujols, Amalia y Teresa Fal-sete, Medorina Grave de Peralta, María Teresa García, Josefina Valdés Chacón, Ramona Córdova, Lola y Carmen Monte-ros, Rafaela Alvarez, Anita Abreu, Amé-rica Guitart, María Luisa Biada, hija del Dr. Biada; las Bernal, Palmira Menén-dez, y tantas y tantas más que no re-cordamos de monmento.

Hoy se halla en aquel el «Cine Tosca», y «El Progreso» siguió el camino del «Círculo Habanero», de «La Caridad del Cerro» y otros centros similares, que han tenido que cederle el puesto a lo que ha dado en llamarse el modernismo, las nue-vas corrientes, los nuevos moldes, gene-ralmente simbolizados en los comités de las distintas tendencias políticas. Aquel-los centros eran como la casa solariega del barrio; y los presidentes y vocales de sus Juntas Directivas constituían la orientación espiritual de los mismos.

Desde el año 1918, se instalaron en Je-sús del Monte las monjas Clarisas, que habían traspasado su monasterio de la Habana al Gobierno del Presidente Zay-as; lo que dió a aquellos alrededores un tono de misticismo y poesía, y un gran ímpulso de animación y bienestar. Ape-nas empezaron a levantarse los cimien-tos de aquel hermoso edificio, se experi-mentó en todo Jesús del Monte una gran alegría, la que produce entre el elemento obrero saber que puede contar por lar-go tiempo con un jornal que cubra sus necesidades; el convento costó más de cuatrocientos mil pesos, y dirigió las obras el ingeniero Sr. Lagomasino. Des-de entonces se cuenta la fundación en Jesús del Monte de un buen número de los mejores colegios de la Habana: el Colegio Champagnat, de los Hermanos Maristas, en la calle de José Antonio Saco; La Institución de los Salesianos, en la del Carmen; El Colegio Fors, en Santa Irene; El Instituto Edison, en Mi-

lagros; La Casa de los Niños, en San Mariano; La Domiciliaria, en Diez de Oc-tubre; María Auxiliadora, en la Avenida de Marimón; Nuestra Señora de Lour-des, en Santa Catalina; El Colegio Es-trella, de las Hermanas Guerra etc. etc., todos los que contribuyeron en primera línea al incremento y desarrollo de aquella zona, sin duda una de las más importantes de la Habana... ¡Qué dis-tinto este Jesús del Monte, animoso, movido, de aquel apacible, soñoliento, tan apartado del bullicio capitalino, que el novelista Orihuela conoció el año 1852!...

El asesinato del joven practico de far-macia, Antonio Casademunt, arrojó sobre aquella barriada un repulsivo velo trá-gico; y por mucho tiempo se estuvo ha-blando del Crimen de la Víbora, cometi-do en la casa número 422 de la Calza-da, la que el público se eximía de tomar en arrendamiento, hasta que sus propie-tarios resolvieron fabricarla de nueva planta; después de ocuparla hace tiempo la Estación de Policía; y es hoy una de las mejores del barrio. Los pasajeros de los carritos y las guaguas volvían la ca-rra con disgusto cuando pasaban frente a la Casa del Crimen. Nunca falta la nota cómica, aún en medio de las situaciones más serias. Por aquellos días de 1892, estaba en todas las bocas el nombre del insigne nauta Cristóbal Colón, descubri-dor de América, cuyo cuarto centenario se celebraba; así que resultó muy origi-nal el que, desconociéndose en un princí-pio quien fuera la víctima del Crimen de la Víbora, el primero que se presentó a identificar el cadáver fuera Cristóbal Colón, un Sr. así llamado, residente en la calle de Acosta 68, vecino y amigo del asesinado Casademunt, a quien veía y ha-blaba diariamente. Los periódicos anun-ciaban con grandes letras «Cristóbal Co-lón ante la justicia», «Cristóbal Colón en el Cementerio»; la vida es la gran humo-rista de la vida!

De los viejos vecinos, ya descoloridos, de la Víbora de aquellos tiempos, y de los que no tenemos nuevas noticias, recorda-mos a Prin-Menéndez, o Menéndez-Prin, a quien se le agregaba el apellido de aquel general español tan nombrado, por que casi era de su tiempo, nego-ciante en caballos de monta y tiro, y a

puede decirse, que del día para la noche surgió allí una verdadera y animada ciu-dad. En la Calzada, frente a la calle de Estrada Palma, se hallaba la histórica y prestigiosa Sociedad «El Progreso de Je-sús del Monte», en cuyos salones oímos —una de sus últimas veces— en aquella campaña electoral de 1907, durante la se-gunda intervención americana, la pala-bra amena, persuasiva y fácil del inol-vidable y simpatiquísimo Rafael Fernán-dez de Castro, propagando la candidatu-ra Menocal-Montoro, del partido Con-servador, frente a la de Gómez-Zayas del partido Liberal.

Por esta época a que nos referimos 1901 etc., eran Presidente del Progreso, de honor, Don Ramón de Zubizarreta;



4

efectivo, Don Pedro Bustillo. Los cronistas de salones, Salvador Domínguez de la «Marina», Héctor de Saavedra entonces Fleur de Chic, de «La Habana Elegante», Raúl Cay de «El Figaro» y últimamente Urbano del Castillo, de «El Mundo», guardaban sus más sonoros ditirambos y sus más delicadas flores para reseñar las veladas y los bailes del «Frogreso», en los que irradiaban como deslumbrantes estrellas de belleza y distinguían se le veía, por lo común, en el almacén de víveres y materiales de fabricación, sito en la Calzada «El 20 de Mayo», de los hermanos José y Manuel García; Felipe Castillo, que tenía un tren de coches; al Sr. Alberto Torres, ya fallecido, alto empleado en casa de Gelats, que vivía en la calle de Patrocinio; el famoso pelotero R. Almeida, que vivía pasado el paradero de los tranvías, en el cruce del ferrocarril; su colega Julián Castillo, famoso bate y segunda base del «Habana» y cochero de las guaguas de Estanillo; el escritor Manuel de la Cruz, el inseparable de Manuel Sanguily, a quienes siempre se les veía en pareja en aquellos pre-históricos carritos urbanos de caballos de Jesús del Monte y el Cerro, cargados de periódicos, de libros, de revistas, como perdido en las afioranzas de la epopeya del 68; y apareados a estos carritos urbanos, veíanse ir o venir los antiguos coches y coupés de los famosos médicos de entonces, que vivían en aquella barriada, Dres. Arenas, Sánchez Quiroz, Casuso, Polanco, entonces superviviente del fusilamiento de los estudiantes del año 71 etc. etc...

De los tipos populares de la Víbora recordamos allá por el 1906, 8, 10, uno muy simpático al que, más que por su nombre propio, lo conocía todo el mundo por el mote de «El Abogado». Le vendía pescado, por las mañanas, a una numerosa marchantería con que contaba; y por las tardes, vestido con una impecable «majagua» blanca, y caballero en un brioso potro enjaezado a la jerezana, se paseaba muy jaque por las principales calle y avenidad. Había, por la misma fecha, otro tipo también muy pintoresco: un guajiro «isleño», vendedor de cacharros de cocina, jarros de lata, etc, los cuales conducía en un serón a lomos de un burrito, al que le cantaba, con su marcado acento canario, y a menara de pregón, esta tonadilla:

Pa que te compren,
llora, Bartolo;
que si no lloras,
te queas solo.

Apenas oía el burrito aquella cantinela, se ponía a rebuznar; y como se le oía de muy lejos, empezaban entonces a asomarse a las ventanas, y a las puertas, y a los portales, los muchachos, las señoras, las criadas, gritando todos: ¡Ahí viene Bartolo! ¡Ahí viene Bartolo! y le compraban sus mercancías al isleño.

El único defecto de la Víbora, para los que tenían sus asuntos en la Habana, era la distancia, el largo tiempo que, por la mala disposición de los itinerarios y del tráfico, tan mal combinado en aquellos

tiempos, tardaba un tranvía desde el centro de la ciudad, a la terminar de aquella línea. Tomando el tranvía en la Plaza de San Juan de Dios, por ejemplo, podría tardar el viajero, muy fácilmente, tres cuartos de hora, por lo menos, en llegar un poco más allá de la iglesia de Jesús del Monte. Nosotros tomábamos en el café «Central», el llamado de la «confronta», después de la una de la madrugada, hora en que terminaban nuestras faenas teatrales; pero así que ocupábamos nuestro asiento, nos entregábamos a un dulce sueñecito, como ración anticipada; y el amable conductor, que se sabía de memoria el punto de bajada de cada uno de aquellos pasajeros trasnochadores, los iba despertando según iban llegando, con un suave toquecito en el hombro; no sabemos si con el cambio, y la dureza de las costumbres, persistirá aún ese amable detalle, o si ha desaparecido, como otros, entre ellos, hasta el de darse la gente los buenos días...

No cabe duda que algunos de nuestros barrios extremos, y las ampliaciones y repartos que han ensanchado el radio de la población, tienen su nota característica especial; y algunos, como Guanabacoa, el Cerro, la Víbora, el Vedado, no obstante los años, han conservado intacto ese ambiente, el alma, como si dijéramos, que en un principio les diera vida y aliento: ni el Cerro, ni Guanabacoa, se han desprendido del tono de aristocratismo que les imprimiera, en sus comienzos, el gran número de títulos nobiliarios que allí fueron en su día a establecerse. Jesús del Monte conserva ese olor, ese color, ese ambiente de égloga, que le imprimieran las vaquerías y las haciendas de siembras y crianzas que fueron su origen; el Vedado es siempre un barrio elegante, donde el confort y el bienestar económico fueron a sentar sus reales; y por eso el vulgo, que comúnmente juzga por lo exterior, dice que Jesús del Monte es más fresco; Guanabacoa, más sosegada; el Cerro, más silencioso, el Vedado, más limpio; la Víbora —la Loma de la Víbora— más pintoresca.

Cada cual habla de la feria según le ha ido en ella; y como a nosotros no pudo irnos mejor durante los años que vivimos en Jesús del Monte, guardamos un suave, amable, íntimo, agradecido, profundo recuerdo para aquel período de juventud, prosperidad y sosiego que nos brindó —e igual sabemos que a otros muchos— aquella alegre, inolvidable feria de LOMA DE LA VÍBORA.

D.M., Oct 13/40

